

Margarita Orfila Pons

Florentia Iliberritana. La ciudad de Granada en época romana

Editorial Universidad de Granada, Granada, 2011, 192 págs.

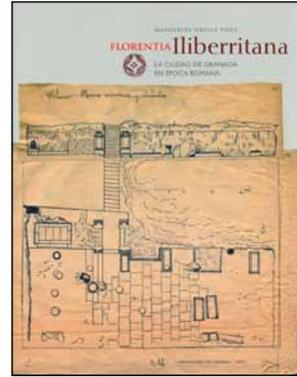


Elena Sánchez López

Tras la larga controversia nacida con el descubrimiento de los fraudes de Juan de Flores y Oddouz en las excavaciones que llevó a cabo en el Albaicín granadino a mediados del siglo XVIII, que hicieron recaer el descrédito no sólo sobre los hallazgos de época romana realizados hasta ese momento en la ciudad sino también sobre los que se hicieron en periodos futuros, fueron numerosos los eruditos que dudaron de la veracidad de un pasado romano para la ciudad andaluza, incluso hasta fechas ciertamente muy recientes.

El libro que ahora ve la luz, obra de Margarita Orfila Pons, Catedrática de Arqueología de la Universidad de Granada, viene a poner un punto y final definitivo a este debate tomando como base fundamental las excavaciones arqueológicas realizadas en el solar de la colina del Albaicín y en lo que debió constituir el *ager iliberritano* desde el siglo XVIII hasta la actualidad. A partir de estos datos reconstruye la realidad urbanística, arquitectónica, social y económica de *Florentia Iliberritana*, retrato en el colaboran algunos de los arqueólogos responsables de las excavaciones más recientes, así como diversos especialistas que analizan de manera más concreta, y mediante el recurso a «recuadros» insertos en el texto, algún aspecto concreto de los hallazgos.

Florentia Iliberritana. La ciudad de Granada en época romana, arranca con una revisión de los primeros vestigios de ocupación en el Albaicín en la Edad del Bronce y el posterior desarrollo del *oppidum* ibérico. A partir de aquí continúa con el análisis de la evolución de la ciudad *Iliberris* a partir de su entrada en la órbita romana y a lo largo de la etapa republicana, para desembocar en el periodo imperial, época en la que se insertan la mayoría de los restos recuperados. Pertenecientes a este amplio periodo histórico se analizan elementos tan diversos como aquellos de índole urbanística y arquitectónica, entre ellos los espacios públicos de la ciudad, la decoración arquitectónica,



los ambientes domésticos y el suministro de agua, además de otros de tipo social como son la propia composición social de la ciudad, las creencias de sus habitantes y sus manifestaciones funerarias; y, sin olvidar que la *civitas* era entendida como una dualidad, *urbs* y *agger*, se recogen los resultados de las investigaciones realizadas en el espacio circundante, su *territorium*. Por último el libro se centra en el análisis de la Antigüedad Tardía en la ciudad que sería sede del primer concilio de la iglesia católica, el célebre Concilio de Elvira.

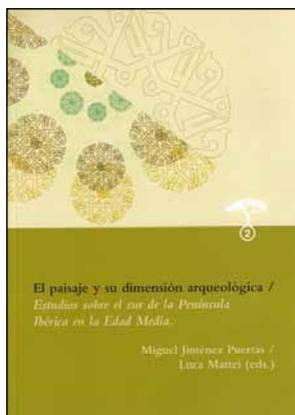
Miguel Jiménez Puertas y Luca Mattei (eds.)

El paisaje histórico y su dimensión arqueológica. Estudios sobre el sur de la Península Ibérica

Alhulia, colección Arqueología del Paisaje, Granada, 2010, 288 págs.



Guillermo García-Contreras Ruiz



El paisaje como objeto de estudio, entendiéndolo como el resultado de la interacción entre los seres humanos y el medio físico, es ya un tema recurrente y cotidiano en la historiografía europea. De hecho, se ha convertido casi en sinónimo de los análisis territoriales más allá del estudio de un simple yacimiento o de un repertorio de materiales cerámicos o de otro tipo. En los últimos años también en el medievalismo ibérico esta línea de investigación ha dado un auténtico salto cualitativo. Quizás sin haber alcanzado aún el nivel tecnológico de otros ámbitos, donde el recurso al uso de imágenes de satélite, la fotointerpretación, o el peso de los estudios hidrogeológicos es mayor, en el caso de nuestra historiografía lo que destaca es su fuerte vertiente histórica, social y económica, y sobre todo, una imagen mucho más dinámica que la que ofrecen estudios en otras regiones. Este es el caso del sureste de la Península Ibérica en la que se centra esta obra, donde este tipo de estudios están siendo especialmente fecundos a partir de un ambicioso proyecto sobre el análisis de los paisajes históricos.

La idea principal en torno a la cual está estructurado el libro es señalada por los editores en el prólogo: los paisajes tienen una dimensión arqueológica que debe ser tenida en cuenta, si bien su análisis para época medieval se beneficia notablemente de la aportación de los documentos escritos. En esta línea se encuentran los ocho trabajos reunidos en esta obra, siete sobre la provincia de Granada y otro sobre la zona entre Murcia y Almería.

El primer estudio, firmado por A. Malpica, está dedicado al poblamiento rural del norte de la Hoya de Baza. A partir de las referencias aportadas por de las fuentes escritas, fundamentalmente posteriores a la conquista castellana como las crónicas de Hernando del Pulgar o la del Marqués de Cádiz y muy especialmente un documento fechado en 1490, se describe en un análisis paralelo al del estudio arqueológico de los distintos asentamientos, el panorama del poblamiento y el paisaje salpicado de huertas inmediatamente anterior, a finales de la Edad Media. En este momento la frontera juega un papel fundamental, aunque no exclusivo, en la configuración de un paisaje con numerosas fortificaciones, pero también espacios irrigados vinculados a los asentamientos. En el segundo trabajo, J. Eiroa realiza una relectura de las fuentes escritas medievales conocidas para los territorios entre Murcia y Almería. Centra su atención en los tipos de cultivos, las distintas técnicas agrícolas y la diversa tecnología que se documenta en los sistemas de irrigación. Se trata de una reflexión que sirve también para revisar los propios límites de la documentación histórica cuando sólo se usa un tipo de fuente, sin conjugarla con otras estrategias como los análisis arqueobotánicos. A continuación el trabajo de J. M. Martín está centrado en el aprovechamiento del agua para el regadío en la zona del río Alhama de Guadix y la cara norte de Sierra Nevada, conjugando el examen de documentos traducidos del árabe sobre litigios entre distintos municipios por el acceso al agua en el s. XII, con el reconocimiento arqueológico del territorio, y sobre todo, con una amplia descripción del mismo tomada de los especialistas en hidrogeología. El cuarto apartado de este libro, obra de M. Jiménez, ofrece un análisis a largo plazo, con una cronología muy extensa (ss. VI-XVI) de la evolución del área noreste de la Vega de Granada, entre los términos municipales de Cogollos Vega y Calicasas. Parte de una amplia colección documental sobre los sistemas hidráulicos, que abarca desde finales de la Edad Media a época contemporánea, fundamentalmente a través de pleitos y demandas entre pueblos y vecinos. Junto a ello, integra el recurso a la cartografía histórica y la ortofotografía disponible, enlazándolo siempre con los trabajos de reconocimiento arqueológico del territorio que se han llevado a cabo en el piedemonte de la Sierra de la Alfaguara. El texto de J. C. Carvajal, quinto del libro, propone una lectura teórica de la información que puede aportar el estudio de las cerámicas, más allá de los estudios artísticos y tipológicos. A partir, fundamentalmente, de su correcta contextualización con el espacio, y de una reflexión sobre su valor económico, en lo que respecta a la producción y la distribución, pero también simbólico, traza algunas líneas de trabajo que pueden servir para integrar los estudios de cerámica en los más generales sobre el paisaje, aportando como ejemplo su investigación sobre la vega de Granada en época altomedieval. El siguiente trabajo, de B. Sarr, se distingue por estar dedicado a un entorno urbano y no rural, el de Granada, y a una cronología más reducida pero fundamental, como es el s. XI. Se centra en el proceso que mayores transformaciones puede originar en el paisaje, como es la creación de la nueva ciudad, tras el abandono de Madinat Ilbira, y la expansión no sólo de un nuevo tejido urbano, sino también la puesta en producción de un amplio espacio de la vega de Granada, que se adecuará a las necesidades de la nueva sociedad principalmente a través de la nueva infraestructura hidráulica, acequias y aljibes fundamentalmente. En penúltimo lugar, firmado por L. Mattei, está dedicado al análisis del poblamiento en torno al río Colomera, en el noroeste de la provincia de Granada. Es un valle abierto en los montes occidentales, en donde la escasez de referencias en las fuentes escritas obliga a optimizar al máximo el análisis arqueológico del territorio. Partiendo del análisis del marco físico y de los recursos potencialmente explotables, se propone una interpretación de la evolución del patrón de los asentamientos y los cambios en los espacios productivos en una cronología que abarca

todo el período medieval. Finalmente, el último artículo es de J. F. García, y trata sobre la producción agrícola de la alquería de Padul, en el valle de Lecrín. A partir de la lectura con carácter regresivo del Libro de Apeo de 1571, y del estudio de la propia infraestructura de regadío de cada sistema según los principios de la llamada Arqueología hidráulica, el autor propone una interpretación a los diferentes repartos del agua que se documentan como forma de aproximarse a la propia sociedad que organiza los riegos.

A modo de conclusión, señalar que todos los trabajos tienen un fuerte componente geográfico, que supera con mucho la concepción del medio físico como telón de fondo. Parten del estudio del contexto físico, de las posibilidades que el medio, sea por su orografía, hidrografía o tipo de suelos, ofrece para el asentamiento humano, y como esta realidad fue aprovechada y, muy a menudo, modificada, por los asentamientos humanos. Si hay un hilo conductor en estos trabajos, este es la irrigación, siempre presente, como uno de los elementos definitorios de los paisajes medievales del sureste de la Península Ibérica. Aunque en algunas ocasiones se conjuga y relaciona con otras prácticas campesinas, como la agricultura de secano o la ganadería, el peso del regadío es patente, y la atención se enfoca en él.

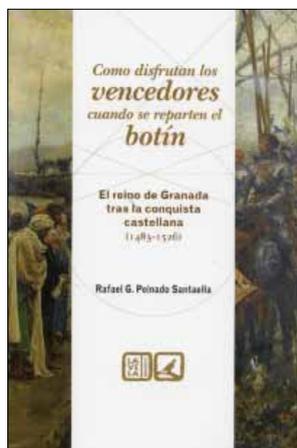
Rafael G. Peinado Santaella

Como disfrutaban los vencedores cuando se reparten el botín. El Reino de Granada tras la conquista castellana (1483-1526)

Comares, Granada, 2011, 256 págs.



Francisco J. Moreno Díaz del Campo



Cuenta el antiguo Reino de Granada con una base bibliográfica que, desde hace algunos años, es ya lo suficientemente amplia como para conocer en sus líneas más generales el devenir de aquel territorio en el que se asentó el que fue el último reino musulmán que pobló territorio hispano. Hito relevante en dicho camino, al menos y sobre todo en lo referido a la práctica historiográfica modernista, fue la publicación, hace años ya, de la conocida *Historia del Reino de Granada*. Gracias al trabajo conjunto de los especialistas que mejor conocen dicho territorio, ya quedó claro por aquel entonces que como si de un inmenso conjunto de vasos comunicantes, no había aspecto en dicho territorio que no quedase al margen de o sin relación con cualquiera de las circunstancias, procesos o acontecimientos concretos que ocurrían a su alrededor.

Ese parece ser el espíritu que guía de nuevo al que fuera coordinador del primer volumen de aquella obra. Sin

embargo, se observa desde el principio un matiz no poco importante y es que, *Como disfrutaban los vencedores cuando se reparten el botín...* traspasa la división cronológica que en su día se tomó como base a la hora de componer la *Historia del Reino de Granada*. Por aquel entonces, la cesura parecía clara y se marcaba a inicios del Quinientos, justo en el momento en el que, tras las revueltas con las que se inició la centuria, tuvo lugar la conversión de los mudéjares granadinos. Pasada casi una década desde entonces, vuelve el autor sobre aquella época y parte ahora de la consideración inicial de que en el otrora territorio nazarí es relativamente complicado diferenciar un antes y un después de la conversión mudéjar, toda vez que, como él mismo indica, los acontecimientos de 1500-1502 no sólo fueron un punto de inflexión determinante sino únicamente un episodio más en esa etapa que supone el final del *país islámico* del que nos habló en su día el profesor Ladero Quesada.

De hecho, si algo aparece claro en *Como disfrutaban los vencedores...*, es que el autor del libro ha sido capaz de introducir la conversión de los mudéjares y el inicio del asunto morisco en un contexto mucho más amplio: aquel que viene determinado por el propio asentamiento cristiano en el Reino de Granada y por los inicios de la repoblación, algo que, en último término, empuja al lector a comprender en toda su magnitud el reto que supuso la incorporación del territorio a la órbita castellana. No en vano, los años que discurren entre 1483 y 1526 pueden ser considerados como un periodo de innegable calado socioeconómico y político-estratégico pero también de una tremenda significación simbólica ya que durante dicho lapso de tiempo comenzó a construirse la imagen de irreductibilidad del antiguo moro, considerado siempre como un «cristiano de segunda». Quizás por ello —y porque los pilares para dominación definitiva del Reino se edificaron sobre unos cimientos asentados en unos presupuestos con claros tintes discriminatorios—, es por lo que quepa hablar de esta etapa como aquella en la que, tal y como termina demostrando el profesor Peinado, el asunto morisco se convierte en ese verdadero problema que termina por estallar en mil pedazos con motivo de la Guerra de las Alpujarras.

Porque, si algo se deduce de las páginas que el autor dedica al asunto morisco es la constatación de que éste se fue «enquistando» desde el mismo momento de las conversiones hasta convertirse a la altura de 1526, a principios del reinado del Emperador, en un verdadero problema que también tuvo importantes conexiones con la política exterior de los Austrias. Con ello, y de manera colateral, vuelve Peinado Santaella sobre los pasos de la línea interpretativa *braudeliana* y condiciona a la política internacional de los Habsburgo el hipotético triunfo del Emperador frente a la empresa de evangelización de los moriscos. ¿Acaso no ocurre lo mismo cuarenta años después, cuando tras unos años relativamente tranquilos (tanto en la propia Granada como en el Mediterráneo), la lucha con el Turco se reactiva, calienta nuevamente los rescoldos de aquellas viejas brasas y da origen a ese fuego que entre 1569 y 1571 termina por abrasar la tímida convivencia construida durante las décadas anteriores?

Una coexistencia que, por otra parte, y según el juicio del autor, se asentó sobre la base de una mentalidad que podría calificarse de pura y estrictamente colonial, pensada y puesta en marcha *ad hoc* para facilitar el asentamiento castellano sobre el territorio y el traslado de unas estructuras sociales y de gobierno y administración que, pensadas para la propia Castilla, chocaron, en muchos casos, con la lógica interna de un país que, hasta ese momento no había vivido nunca bajo dominio cristiano.

Tal situación, llevó a la conformación de un sistema social dominado por la presencia cristiana en un territorio en el que, incluso después de la conversión forzada de los mudéjares, persistieron clara y mayoritariamente las estructuras de raigambre musulmana. No obstante, y lejos de amilanarse ante ello, la Corona supo explotar con cierta facilidad esa anomalía, en parte porque, en medio de la lógica conquistadora a la que antes se hacía referencia, no quedaba otro remedio. Buena prueba de ello fue la aplicación de esa fiscalidad diferencial que tan profundamente han estudiado autores como Ángel Galán y que a juicio del propio Peinado Santaella fue un signo más de que el cristiano repoblador nunca consideró al «granadino de nación» como un verdadero cristiano.

Por tanto, puede estarse de acuerdo con el autor a la hora de considerar que en el proceso que se viene describiendo no hubo unos claros vencidos ni unos claros vencedores, aunque no es menos cierto que sí puede decirse que hubo un derrotado y ése fue el intento de repoblar el reino de Granada y de incorporarlo a la Corona de Castilla de acuerdo con unos criterios racionales y no sólo inspirados en la lógica «colonial». No en vano, y como indica el propio Peinado Santaella, la Corona salió claramente perjudicada de un proceso —tolerado, por otra parte— en el que los grupos de la elite (cristiana y musulmana) burlaron las propias normas dictadas por aquella y supieron aprovechar al ciento por ciento las posibilidades de enriquecimiento pecuniario y de ascenso socio-político que el recién conquistado territorio ofrecía. Así las cosas, se presenta muy claro el «compromiso» que la Corona adquirió con la nobleza castellana pero también con los sectores intermedios de la nueva sociedad granadina y, cómo no, con la antigua elite colaboracionista, si cabe más y mejor adaptada a las condiciones que siguieron a la repoblación cristiana que algunos de los cristianos que llegaron al nuevo reino castellano tras la promesa de tierras y dinero que supusieron los llamamientos regios a la repoblación del antiguo territorio nazarí.

Esto es lo principal y más significativo del armazón interpretativo en torno al cual, se construye *Como disfrutaban los vencedores...*, en cuyas páginas el autor une a sus propias aportaciones aquellas otras que proceden de los más destacados representantes tanto del medievalismo como del modernismo granadino. Ello le permite construir un texto que se articula en cuatro grandes bloques que, de manera forzosa, quizás también deliberadamente breve permiten desgranar y conocer a fondo las peculiaridades de la repoblación como proceso que da inicio y supone al mismo tiempo el comienzo de la dominación efectiva del territorio por parte cristiana; la organización, primero, del poder político y administrativo; más tarde, del religioso-espiritual y, finalmente, constatar cómo ese modelo de construcción político-social «a la castellana» tuvo que hacerse sobre la base demográfica y social de un grupo, en principio, ajeno a esa forma de organización del territorio. Culmina el libro, por otra parte, con una antología de textos, que no por conocidos, dejan de ser útiles, no sólo para el lector (especialista o profano) sino, y sobre todo, al docente que persigue acercar esta época a un estudiante, generalmente poco acostumbrado a aproximarse a la Historia a través de sus textos. Porque, en realidad, el libro de Peinado Santaella cumple, tal y como se ha indicado ya, la misión primordial de acercar la historia del Reino de Granada a un público generalista y de mostrar que en nuestro pasado, como ahora, no hay cesuras claras y definidas sino procesos más o menos largos, más o menos intensos, de cambio y transición.

Mariano Redondo Martín***En otros patios de Granada***

Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2010, 265 págs.

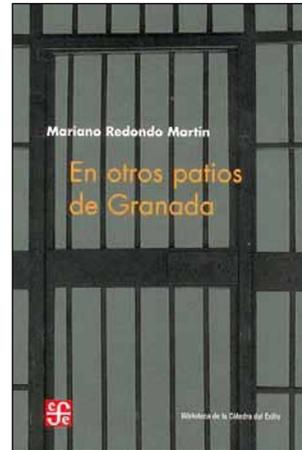


Claudio Hernández Burgos

«Un preso puede hacer poco, pero su mente es libre». Estas palabras aparecen en los escritos de Mariano Redondo copiadas de un libro que leyó cuando estaba en la Prisión de Baza. Efectivamente, el pensamiento del autor logró zafarse de los grilletes impuestos por la maquinaria represiva del régimen. Pero en numerosos casos, el franquismo no sólo apresó cuerpos tras los barrotes de sus cárceles, sino que también encerró ideas para siempre. Al menos eso podemos deducir del estremecedor testimonio del autor durante su estancia en las prisiones de Baza y Granada. Mariano Redondo era hijo de Cayetano Redondo Aceña, alcalde socialista de Madrid durante la Guerra Civil fusilado por el régimen franquista en 1940. Al igual que su padre, formaba parte del PSOE y combatió toda la guerra en el bando republicano. Terminada la contienda, su intento de huida a través de Gibraltar dio con sus huesos en el universo penitenciario franquista, del que lograría escapar en 1943.

La obra es un testimonio en primera persona de los avatares sufridos por Mariano Redondo en prisión. Quizás, se echa en falta que la introducción realizada por González Cárcel y Martín Nájera añada al excelente perfil biográfico del autor, un estudio más profundo sobre la significación del sistema represivo franquista y el papel del mismo en la configuración de las mentalidades, actitudes y comportamientos tanto de los presos como de sus familiares. No obstante, el testimonio resulta lo suficientemente revelador como para forjarse una imagen muy nítida de las dimensiones del sistema penitenciario del régimen de Franco.

El final de la Guerra Civil en 1939 hizo que todo el peso de la victoria cayese sobre quienes habían perdido la guerra. A partir de entonces, para los vencidos comenzaba una auténtica pesadilla. A la derrota de las armas había de unirse su derrota moral, la persecución, la expropiación de bienes, la humillación o la depuración profesional. Los escritos de Mariano Redondo ponen de relieve una de las caras más amargas del poliédrico fenómeno de la represión: la vida en las cárceles de Franco. En ellos, el autor nos dibuja la



existencia de un mundo aparte, al margen de una sociedad paralizada que trata de sobrevivir al miedo y a la miseria. Terror y hambre son precisamente los dos vectores en torno a los que pivotó la vida de los reos franquistas.

De una parte, la pluma de Mariano Redondo denota una situación de inseguridad y miedo permanente. Sus palabras reflejan las terribles sacas que acabaron con la vida de cientos de «enemigos de España» en los años posteriores a la llegada de la «paz». El impactante relato de las mismas nos describe un ritual de violencia completamente planificado. Las ejecuciones van precedidas de la apertura de los rastrillos que conectan las diferentes zonas de la prisión entre sí, permitiendo la entrada de los camiones; de los pasos de los oficiales, contabilizados en las mentes de los reclusos; y de las horas previas en la capilla para congraciarse con Dios antes de su trágico destino. Etapas de un ritual que, sin embargo, han tenido sus prolegómenos en las palizas indiscriminadas que les han propinado sus sádicos guardianes los cuales, en su mayoría, eran damnificados por el «terror rojo» que ahora tenían la oportunidad de vengarse.

Del otro lado, sus escritos a las regiones más recónditas de la miseria de la posguerra. El hambre, las enfermedades, las malas condiciones higiénicas y las necesidades que sufrían los vencidos en la sociedad de los años 40, se acrecentaban terriblemente en el interior de los muros de los penales del régimen. Mariano Redondo describe detalladamente las condiciones de hacinamiento en las que debían desenvolverse y la insalubridad de las celdas generadoras de un caldo de cultivo idóneo para la propagación de enfermedades que llevaron a la tumba a no pocos reos. A ello, hemos de añadirle el papel jugado por el hambre. Redondo nos describe esperpénticas escenas en la que sus compañeros de fatigas se alimentan de ratas, donde un hueso de pollo desencadena un «terrible forcejeo de hasta 20 hombres» y en las que el hambre se muestra como un mecanismo más de limpieza política de los «rojos». Se trata de episodios, observados con jactancia por parte de los carceleros que cumplían perfectamente su función de vigilar y castigar, olvidando el perdón cristiano que predicaban. Unos comportamientos que nos ponen de relieve la participación de una parte de la sociedad en la represión de los vencidos. Delatores, intermediarios, directores y verdugos no eran sino españoles corrientes que consideraban justo el castigo de estos «malos españoles».

Pero la obra de Redondo nos narra también historias de resistencia a su conversión al franquismo. Nos relata los gestos heroicos de personas que sabiéndose cadáveres no dudan en dar unos últimos vítores a la República antes de su fatídico final, individuos que se burlan del adoctrinamiento político del que el régimen se vale para tratar de convertir a los reclusos en «buenos españoles» y que rechazan cualquier enseñanza religiosa, aun conscientes de que con ello podían ver aumentadas sus penurias.

El testimonio de Mariano Redondo es excepcional. Al contrario que él, fueron muchos los que no pudieron vivir para contar su experiencia. El franquismo fracasó en la conversión de la gran mayoría de los reclusos, pero consiguió introducirse bajo su piel, creando en la mayor parte de los casos individuos despolitizados y atezados por la salvaje experiencia carcelaria que, cuando por fin fueron libres, lo único que deseaban era volver con sus familias y encontrar un trabajo que les permitiera sobrevivir. El régimen logró de este modo su objetivo: prolongar la derrota de los vencidos hasta el fin de sus días.

Jorge Marco

Hijos de una guerra. Los hermanos Quero y la resistencia antifranquista

Comares, Granada, 2010, 480 págs.

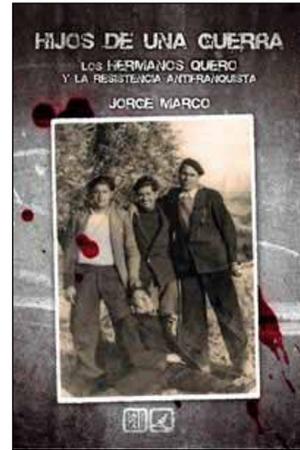


Alejandro Pérez-Olivares García

Es suficiente echar un vistazo al índice de *Hijos de una guerra* para darnos cuenta de que estamos ante un libro de Historia diferente a los demás. A lo largo de sus más de 470 páginas Jorge Marco elabora un escenario donde personas con voz y rostro perfectamente reconocibles son los protagonistas de una trepidante y trágica sucesión de acontecimientos, todo ello con un estilo narrativo bien cuidado. Pero ése no es su mayor mérito, pues en ningún momento se abandona la complejidad de la reflexión histórica ni la crítica de las fuentes empleadas.

El autor presenta en esta obra una historia de la guerrilla diferente a la que se había escrito hasta el momento. Centrada en una descripción de sus motivaciones eminentemente política, se había descuidado la naturaleza netamente represiva del régimen franquista. Así, en este estudio se incide en que la experiencia guerrillera es un fenómeno histórico complejo, donde la huida es la primera reacción a la represión. Es decir, que la creación de un «último frente» de guerra, asimétrico, inconstante, que se extendió hasta finales de la década de 1940 es producto de una estructura conflictiva previa. Esta lógica de reacción es la que protagonizaron los hermanos Quero, en cuyo caso la participación durante la guerra en el Ejército republicano, aún con un perfil muy bajo, fue suficiente para que las autoridades de la Nueva España decidieran que su destino en la posguerra era la cárcel. También la guerra fue importante en la vida de los hermanos Quero, pues el Ejército Popular representó una oportunidad de socialización política crucial para el inmediato futuro: aprendieron a resistir con las armas a un régimen que no permitió ningún espacio de contestación.

De esta forma, en *Hijos de una guerra* el rumor y los mecanismos de creación de mitos son tratados como actos enunciativos, pues atacaron indirectamente al régimen. El poder de los hermanos Quero no radicó en la fuerza militar o su relevancia política, sino en la atracción de todo



un imaginario simbólico que socavó la autoridad del franquismo en Granada: la Guardia Civil, la Policía, las «fuerzas vivas» fueron objetivos recurrentes de sus actuaciones. Y todo ello en un espacio bien definido, la ciudad, donde existía un complejo conjunto de relaciones personales, profesionales y del régimen con el conjunto de la sociedad granadina. En el libro el tratamiento del espacio, el espacio social, ocupa una parte muy importante. Vemos cómo las condiciones de habitabilidad de las cárceles fomentaron redes de solidaridad entre los presos ante el desbordamiento de la población penitenciaria. Granada aparece ante los ojos del lector como una ciudad dividida por una geografía moral, una segregación social que para las autoridades también es espiritual. Llama particularmente la atención el fenómeno de las cuevas, pues nos presenta una ciudad alejada de la visión folclorista y romántica propia de las fuentes literarias.

La interiorización del espacio permite a Jorge Marco establecer en profundidad el clima social de la posguerra, dominado por el miedo a la delación y la desconfianza del que había optado por la contestación a la dictadura. El fenómeno de la guerrilla, y en particular el del grupo de los hermanos Quero, sólo se puede comprender desde estas dos sensaciones. Sensación no es una palabra escogida al azar, pues en todo momento el autor pretende recoger las experiencias individuales de los protagonistas: en el caso de los Quero, el miedo y la desconfianza, también la euforia sentida después de un golpe o la reacción a su incipiente fama en la ciudad; en el caso de las autoridades, la frustración después de los operativos fallidos y los deseos de venganza a medida que las acciones de los Quero adquirirían protagonismo entre los granadinos.

La recuperación de la experiencia individual nos lleva a las fuentes empleadas. Jorge Marco explora en este libro el gran abanico de posibilidades que tienen los consejos de guerra para el estudio de la posguerra. Alejado de cualquier concepción positivista, analiza críticamente las diligencias de las autoridades militares y aprovecha los interrogatorios para construir un relato sólido y al mismo tiempo ameno, salpicado de diálogos, declaraciones y experiencias personales. Por tanto, demuestra que la historiografía sobre la represión puede y debe alejarse de la mera cuantificación, para mostrar las motivaciones de los verdugos y reconstruir las relaciones personales de los encausados, ya sea en forma de denuncias, encubrimientos o vacíos en las declaraciones.

El discurso de las autoridades también aparece en el texto mediante los informes de la Jefatura Provincial del Movimiento, de la Dirección General de Seguridad, las cartas dirigidas al Ministro Secretario General de FET y de las JONS o los propios expedientes personales de la Guardia Civil. Los fondos documentales del periódico local *Ideal* también pueden considerarse una fuente oficial, por la utilización de la prensa en el franquismo y su propia línea editorial. En conjunto, se aprecia que el autor pretende reflejar la creación y desarrollo del mito de los hermanos Quero a través de la propia visión del régimen.

Hablar de mito no es gratuito, pues Jorge Marco demuestra que los aspectos simbólicos son tan importantes o más que la fuerza real de la que un grupo puede disponer. Esto le lleva a poner en cuestión el tratamiento clásico que la historiografía ha otorgado a la resistencia armada antifranquista. Frente al modelo tradicional de guerrilla, que desarrolla acciones de mayor envergadura y de carácter diverso, el grupo de los Quero presenta un repertorio

limitado a actuaciones de carácter tradicional: secuestros, robos, envío de notas anónimas... Todas ellas acciones puntuales que presentan un fenómeno situado entre la contestación violenta de carácter tradicional y la importante cesura que significó la Guerra Civil.

De ahí que uno de los activos más importantes de *Hijos de una guerra* sea la de ofrecer una nueva visión sobre el fenómeno de la resistencia armada. Frente a los intentos de catalogación política, el recurso a la Antropología, la Sociología o la Geografía Humana y la influencia de la Historia cultural ponen de manifiesto la importancia de los lazos de parentesco, las relaciones de los guerrilleros y del régimen franquista con la población y los límites del concepto de «religión política» aplicado al caso particular del franquismo. Por otro lado, ofrece una luz clarificadora sobre multitud de casos de esa «zona gris», en expresión de Enzo Traverso, más numerosa de lo que puede resultar a simple vista. Cuestiones *a priori* espinosas como las delaciones o el papel activo de las autoridades en la promoción de confidentes hablan por sí solas de un régimen que, salido de una guerra civil de casi tres años, trataba de asentarse en la década de los cuarenta. Por tanto, estudios microhistóricos como el que nos ocupa, con un marcado deseo multidisciplinar, son los que pueden ofrecer una visión ajustada de las bases sociales que permitieron mantener el régimen franquista.

Tratando de hacer asequible al lector un libro de Historia, el autor apuesta por la fluidez de los capítulos, recurso que permite implicarle de forma directa en la trama. Si por un lado la división del libro en tres partes, algo que recuerda a las estructuras dramáticas de las obras de teatro, es positiva al dar continuidad a la narración, por otro se llega al final del libro con una historia tan compleja y llena de matices que es difícil situarse en el momento final. Desluce un tanto el esfuerzo por cuidar el estilo, aunque sin duda es un intento a tener muy en cuenta. Por otro lado, quien no esté familiarizado con el fenómeno de la guerrilla en España puede extrañarse de las referencias a la situación exterior. Si bien ayudan a contextualizar la situación en España, donde la diferencia con el resto de Europa fue el aislamiento de la guerrilla respecto a la Segunda Guerra Mundial, se podría haber incidido más en esta consideración.

Otro vector que atraviesa estructuralmente el estudio es la relación Historia-Mito-Memoria. Si la introducción contiene un apartado titulado «Del mito al olvido, del olvido a la historia», el epílogo lleva el sugerente rótulo de «Retazos de memoria». Centrados en la historia familiar de los Quero y en las dificultades de su reconstrucción, con un sincero homenaje al libro que Nicolás Manzanares Artés publicó en 1978 sobre el grupo, estos dos apartados son una reflexión sobre los sinuosos caminos de la memoria traumática de la Guerra Civil.

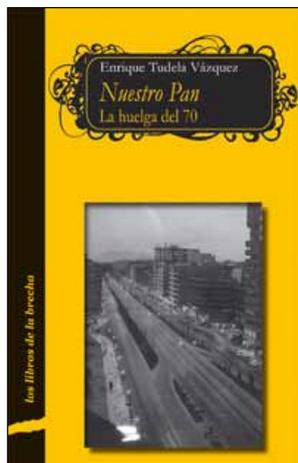
En definitiva, si la investigación histórica debe ser un ejercicio que ilumine el pasado con multitud de enfoques, un saber acumulativo que tenga en cuenta las más variadas aportaciones, *Hijos de una guerra* supone una importante contribución para la comprensión de la naturaleza del régimen franquista y la posguerra que siguió a la victoria militar de 1939. Jorge Marco demuestra en este libro sobre la resistencia armada el futuro de unir divulgación y calidad historiográfica y señala sin duda alguna un camino en la formación de cualquier historiador.

Enrique Tudela Vázquez

Nuestro pan. La huelga del 70

Comares, Granada, 2010, 296 págs.

Olalla Castro



La que se conoce popularmente en Granada como «la huelga del 70», es decir, la lucha que protagonizaron los obreros de la construcción en la ciudad de Granada entre los días 21 y 29 de julio de 1970, fue un acontecimiento que tuvo gran resonancia en el conjunto del Estado español. Esto se debe sin duda a la brutalidad con la cual fue reprimida una concentración de albañiles, el primer día de huelga, que desembocó en una batalla campal por las calles de Granada en la cual murieron tres trabajadores por los disparos de la policía franquista. Hablamos de lo que en su día supuso la primera gran movilización provocada por motivos laborales en esa ciudad desde el comienzo de la guerra civil, 34 años antes. Ese es el motivo del interés del autor, concretado en el primer capítulo, por comenzar a contar la historia de la huelga desde mucho antes de 1970. Con este planteamiento inicial, Tudela trata de encontrar antecedentes en la propia historia de la ciudad al estallido de violencia que provocó tres muertos y a los comportamientos que se sucedieron antes, durante y después de la huelga, así como establecer las posibles líneas de continuidad y/o ruptura entre el movimiento obrero granadino de los años treinta y el que protagonizó la huelga de 1970.

Dado que la participación de Comisiones Obreras en el desarrollo de la huelga es la que más ha sido documentada por la historiografía, la metodología empleada por el autor para ampliar el enfoque de partida de su trabajo ha sido indagar en la labor de otros grupos de personas comprometidas en la Granada de entonces, como la Hermandad Obrera de Acción Católica, los curas obreros y los trabajadores independientes, cuyo papel fue fundamental para el desarrollo de la huelga, sin que por ello sea tan conocido o mencionado. Partiendo de la aportación de todos los que contribuyeron a la lucha obrera en Granada, Enrique Tudela plantea un contexto más amplio y esboza así su contribución personal a la historia cultural y social de la clase obrera granadina durante el franquismo, siguiendo la línea trabajada por autoras como María Teresa Ortega López en su obra «*Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*».

En el caso de la obra que nos ocupa, destacamos el interés de su autor por adentrarse en otros espacios y redes de sociabilidad obrera donde también se fue incubando de forma independiente esa necesidad de luchar por una vida mejor. Esto le lleva a descubrirnos la historia de barrios sin historia. Barrios obreros de Granada, en concreto el desaparecido barrio de La Virgencica, donde se dieron las condiciones apropiadas para que sus habitantes transformaran la impotencia y la resignación de tantas décadas, en organización vecinal y en una voluntad de luchar por la defensa de sus derechos.

Las entrevistas personales realizadas a numerosos protagonistas de estos acontecimientos resultan fundamentales para confrontar la vida del barrio de La Virgencica, las condiciones de trabajo en la construcción y la memoria de la huelga, con la memoria de la gente que vivió estas experiencias. Remitiéndose a todos estos relatos, Enrique Tudela ha ido hallando las pistas que ponían de manifiesto una historia peculiar, contradictoria y profundamente humana. Destacamos, en todo caso, el esfuerzo realizado para contar esta historia de una forma rigurosa y amena.

El libro se plantea en dos bloques. Una primera parte dedicada a analizar en primer lugar la ya mencionada búsqueda de los orígenes de la violencia que estalló en las calles de Granada en julio de 1970, con todo lo sucedido en la etapa republicana anterior a la guerra, durante la contienda y en el transcurso de la larga posguerra. A continuación una descripción de las causas del subdesarrollo económico y social del Granada en el conjunto del Estado español, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo xx. Otro capítulo destinado a observar la evolución hasta 1970 de las organizaciones opuestas al régimen en Granada durante la dictadura franquista y otro apartado dedicado a contar la historia del barrio de la Virgencica y de cómo llegó a dotarse su población de un tejido asociativo de carácter reivindicativo, cuyos métodos asamblearios y combatividad iban a resultar muy inspiradores para el conjunto del movimiento obrero granadino de la época. Finalmente, y para ir aterrizando en el objeto principal de estudio del trabajo, la huelga de la construcción, se incluye en esta primera parte una descripción de las condiciones de trabajo de los albañiles. En este último capítulo de la primera parte destaca la aproximación realizada a las condiciones de trabajo y a los planteamientos reivindicativos en el sector del servicio doméstico, dado que muchas de las mujeres de la clase trabajadora en Granada que eran familiares o compañeras de los trabajadores de la construcción trabajaban en este sector y también enfrentaban situaciones muy difíciles en su cotidianidad que afectaban a la situación de la clase trabajadora granadina en su conjunto.

La segunda parte del trabajo ha estado dedicada al desarrollo de la huelga, partiendo de los pasos previos, en los primeros meses de 1970, hasta el comienzo de la elaboración del anteproyecto del convenio y la discusión del mismo por parte de los representantes de los trabajadores. La descripción del proceso de negociación resulta fundamental para comprender la historia de esta huelga, pues fue en el transcurso de la misma y ante la intransigencia de los empresarios como se llegó finalmente a la declaración de huelga en una asamblea de trabajadores que hubo poco después en la sede del Sindicato Vertical. Finalmente se han abordado el desarrollo de la huelga, describiendo por boca de testigos del momento el terrible enfrentamiento que provocó tres muertes y el encierro de los trabajadores en la Catedral de Granada para proseguir con su protesta y exigir una solución digna. Los últimos capítulos del libro están dedicados a describir las consecuencias que tuvo esta masiva movilización tanto en la ciudad de Granada, como en el resto del Estado. Las conclusiones que se han obtenido

de toda la investigación ocupan las páginas finales y apuntan entre otras cosas a que Granada, en 1970, fue una clara muestra del endurecimiento que iba a caracterizar al Estado franquista durante la década de los setenta, refutando el mito de que la liberalización política y el desarrollismo sin cambios substanciales llevarían a una disminución de las tensiones sociales.

Nosotros, *nuestro pan* y nuestra historia

En el convulso tiempo en que nos ha tocado vivir, en esta era que se ha dado en llamar postmoderna, donde no pocos filósofos se empeñan en predicar el fin de la Historia (Fukuyama) y la muerte de las ideologías (Daniel Bell); mientras los tecnócratas institucionalizan el concepto de memoria histórica, queriendo convertirlo en un arma arrojada al servicio de los intereses de la clase política, hay quien no olvida que, como dijo Borges: «Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos». El trabajo de hormiga de un historiador honesto en estos tiempos no es otro que ir recogiendo diminutos trozos de esos espejos rotos que conforman lo que somos, contribuyendo a rehacerlos, a devolvernos la imagen de nosotros mismos que perdimos y que nos aboca a seguir desconociéndonos. Indagar en nuestro pasado no es otra cosa que saber quiénes somos gracias a lo fueron aquéllos que nos antecedieron, recordar que nuestras luchas, nuestras palabras, fueron de otros antes y sólo por eso pueden hoy pertenecernos. Al margen de los que buscan la foto junto a una fosa abierta, al margen de los que aran votos adueñándose de nuestro pasado común para convertirlo en puro marketing, hay escritores como Enrique Tudela que indagan en nuestra historia más próxima, ésa que para la mayoría pasó desapercibida o que trató de enterrarse, en busca del espejo que pueda devolvernos esa imagen rota de nosotros, náufragos de tanto olvido orquestado por el poder, de tantas preguntas que nadie quiso o pudo hacerse antes. Y es que creo que el mejor historiador es aquél que, en el fondo, no hace más que buscarse a sí mismo. Porque negar que el sujeto que investiga está inscrito en la investigación, pretender que la historia sea una ciencia exacta y objetiva, sólo puede dar lugar a discursos esencialistas y tramposos, demasiado a menudo cómplices del poder establecido (y ya hemos conocido tantos horrores perpetrados bajo la supuesta coartada de defender la Verdad). Por eso Enrique Tudela se posiciona desde el comienzo de su investigación, se inscribe en su relato e investiga desde la honestidad de su propia historia íntima, de su compromiso vivo con las luchas sociales, de su empatía con las reivindicaciones laborales de los obreros, de su persistencia en buscar esa «otra orilla» de la que hablaba Bertolt Brecht.

Y así, siempre en los márgenes y cuestionando el relato oficial de los hechos, a la manera de los que Ricoeur define como «maestros de la sospecha», Enrique Tudela nos ofrece su primera obra, «Nuestro Pan, la huelga del 70», y se perfila con ella como un historiador insobornable, dispuesto a rescatar uno de los episodios más importantes y desconocidos de las luchas obreras andaluzas, y a dar voz a los que normalmente no la tienen: los protagonistas de esa huelga de 1970 que aconteció en Granada, los que sufrieron la represión franquista que acabó con el asesinato de tres trabajadores que sólo reivindicaban el pan que les pertenecía; ese pan, el suyo, que, como señala Tudela, ha de ser también el nuestro. Son los testimonios escritos y orales de esos obreros, la versión no oficialista de esa huelga, los verdaderos retales de nuestra historia, y el hilo con el que Enrique Tudela ha tejido esos retales para ofrecernos un relato riguroso y documentado de la Granada obrera y sus luchas desde la República hasta el tardofranquismo, nos devuelve uno de esos trozos de espejo roto, un fragmento imprescindible de nuestra propia imagen.

Antonio Luis García Ruiz y José Antonio Jiménez López
El valor formativo y la enseñanza de la Historia
 Editorial Universidad de Granada, Granada, 2010, 267 págs.



Juan Francisco Muñoz Bandera

La preocupación de los expertos en Enseñanza de la Historia, y de las Ciencias Sociales, como acertadamente prologa el Catedrático Julio Aróstegui, es el origen de esta obra. Para reforzar el valor formativo de ésta, docentes y discentes han de exigirse un mayor esfuerzo personal, comprensivo y de racionalización. La más que necesaria reflexión de los historiadores se antoja crucial en este proceso. El manuscrito aparece primeramente dividido en tres grandes apartados, abordando inicialmente la fundamentación científica de la Historia, pasando por su valor formativo, y finalizar con su enseñanza; para devenir en unas enriquecedoras conclusiones.

El libro distingue seis capítulos, que nos estimulan en un recorrido en el que partimos de la visión epistemológica de la Historia para promover durante su transcurso su base como construcción elemental de la ciudadanía, que se ha de conseguir mediante la Enseñanza de la Historia.

En el primer capítulo son revisados los aspectos epistemológicos de la Historia, repasando su concepto y principales dimensiones, así como el discurso y características del saber histórico. El segundo se concentra en la naturaleza del conocimiento histórico, nos muestra cómo abordar la comprensión e interpretación de la Historia, delimitando aspectos como la objetividad y el subjetivismo; el relativismo, y el tiempo histórico. El tercero de los capítulos desentraña el carácter educativo de la Historia en la formación humana, haciendo hincapié en todos los valores de la ciencia histórica y los ámbitos educativos de la formación histórica en el alumno. Poco a poco, la obra nos va aterrizando a la Historia que partió como ciencia hacia su disciplina académica. De esta forma llegamos al cuarto capítulo, que nos presenta varios interrogantes en relación con qué historia enseñar, qué enseñar de la Historia y para qué enseñarla; la funcionalidad de la ciencia histórica para la sociedad actual y la visión de los alumnos de la Historia complementan este capítulo. El quinto, asienta la Historia en la actual ordenación del sistema educativo, proporcionando un repaso en



todos los currícula de los distintos niveles educativos. Para concluir, como último tramo del recorrido los autores se centran en cómo enseñar la Historia, dedicándole un amplio y acertado espacio a las posibles dificultades que pueden encontrar los docentes para desarrollar su labor profesional.

La obra nos invita a partir de la obviedad de que los hechos históricos sin más no tienen sentido, siendo el abastecimiento intelectual, ideológico y técnico del historiador el elemento fundamental en la construcción histórica. En la actualidad, no hay aspectos relacionados con el hombre y su actividad que no sean abarcados por el análisis histórico de una forma u otra. La querencia ha de ser hacia la «historia total», la que abarque todas las facetas factibles. La pertinencia del estudio de la Historia se evidencia por la misma definición de la historicidad como consubstancial al hombre, esta perspectiva nos concederá mayor y mejor juego de aprendizaje y, en consecuencia, más interés del alumnado.

Los autores promueven la complejidad intrínseca del discurso histórico, como hecho del pasado que es interpretado una y otra vez desde el presente, siendo el que se debe transmitir al alumno para que tenga verdadero valor formativo. Como objetivo último de la Historia hemos de hallar la comprensión de la vida humana. La Historia nos suministra de las herramientas necesarias para la interpretación del presente. La característica primordial del enfoque histórico es atribuir comprensión causal al mismo acontecimiento en el que confluyen una pluralidad de causas y consecuencias. El historiador tiene que adecuarse incesantemente a las características del entorno y a las nuevas necesidades de adaptación con los obstáculos que ha de afrontar.

Nos hemos de amparar en cómo la Historia proporciona al alumno un mejor conocimiento de las realidades que vive. Los jóvenes y adolescentes ya no se acercan a la Historia como un simple relato del pasado, sino que han de acercarse a ésta con el deseo de indagar en soluciones para su presente y futuro. La Historia es una ciencia dependiente que necesita el aporte recíproco de otras ciencias sociales. Por ello se fundamentará su análisis y explicaciones en aspectos tan diversos como: el espacio geográfico; la organización política, social y económica; y las formas culturales. Para conseguir un modelo de ciencia histórica hacia una educación universalista y multicultural, se ha de ofertar un modelo que radique en los nuevos intereses de los ciudadanos y que les ayude a adquirir un conocimiento racional y crítico del mundo que cohabitan.

En síntesis, los autores quieren con este trabajo contribuir a ampliar la angosta visión que hoy día se posee de la ciencia histórica; alentar entre los estudiantes la conciencia viva del valor, poder dinámico y trascendencia que la Historia tiene como materia de estudio; y que así aprecien la perpetuidad del cambio y la complejidad de la tarea del historiador y el valor o los servicios que puede ofrecer la Historia. Esta obra será un comienzo para muchos, un continuum para otros, y quizá para todos los profesionales de la educación cercanos a esta Ciencia un objetivo a alcanzar.

